

chuelo hacia Bourmont, Neufchâteau y la Lorena. Esta casa, en la que el ayuntamiento puso en 1891 una placa conmemorativa de mi nacimiento, dispensándome el honor de dar mi nombre a la calle que empieza allí, domina una pequeña plaza sobre la pendiente de la colina coronada antiguamente por el castillo. En mi niñez, un sendero que partía de nuestro jardín conducía a la cima de la montaña, de donde la vista es legendaria, como la del castillo de Clefmont, su vecino, y de las antiguas fortificaciones de Bourmont. Estas inmensas vistas panorámicas, casi sin límites, rivalizan con las de las fortificaciones de Langres. ¡Cuántas veces me he sentado al borde de aquel promontorio avanzado, aislándome de las conversaciones triviales, perdido en la contemplación de la inmensidad!

II

Primeros años. — Recuerdos astronómicos. — Dos eclipses de Sol. — Viaje a Borgoña. Tanlay, Saint-Vinnemer, el Canal de Borgoña, el Armançon. — La pesca de cangrejos. — El cura Collin. — Ayer y hoy. — El establecimiento de los ferrocarriles.

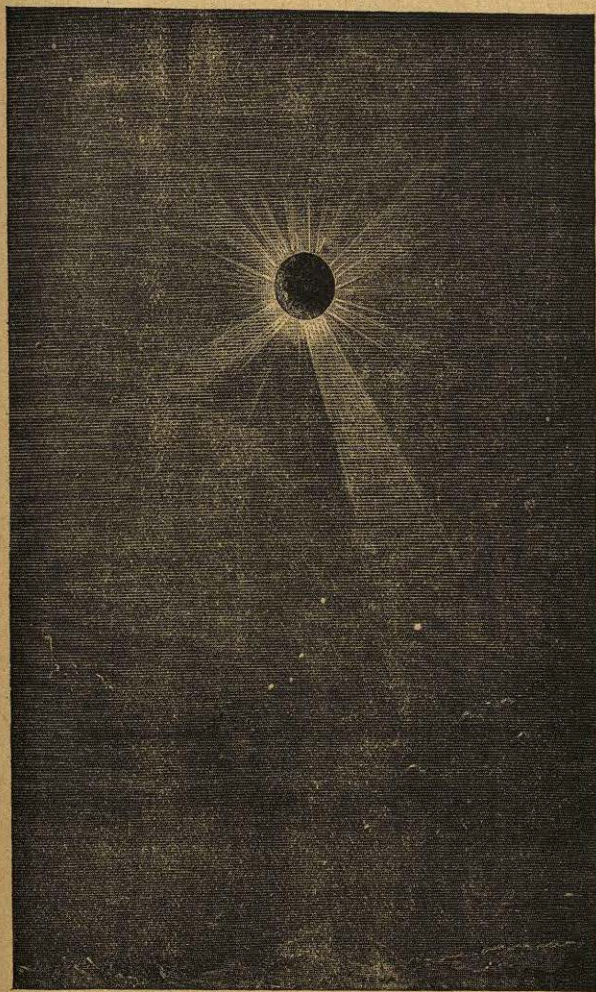
Entre mis más antiguos recuerdos de la infancia, debo citar dos espectáculos astronómicos, tan raros como imponentes, de que he tenido la satisfacción de ser testigo en los comienzos de mi vida : dos eclipses de Sol.

El primero fué el del 9 de octubre de 1847. Era anular a lo largo de una zona trazada desde el Havre a Colmar, pasando justamente por el Alto Marne, y se produjo por la mañana. Delante de nuestra casa, que, como he dicho, se hallaba vuelta hacia el este, mi madre había colocado un cubo de agua, y allí fué donde ella nos hizo observar el eclipse, como en un espejo. Digo « nosotros », porque éramos dos ; yo, el mayor, de cinco años y medio de edad, y mi hermana Bertá, que tenía entonces tres años ; así es que nuestras estaturas eran poco más o menos la de la altura del cubo de agua. El espectáculo de un eclipse

casi total de Sol impresiona hasta a los niños. Se ve la pantalla negra de la Luna avanzar lenta, gradual e inexorablemente ante el disco luminoso, para disminuir poco a poco la luz que resulta pálida y siniestra, como si quisiera extinguirse para siempre. A nuestro alrededor, algunas buenas mujeres hablaban del fin del mundo, se persignaban y rezaban el rosario. En el momento central del eclipse, la Luna se coloca enteramente delante del Sol, del que no queda más que un anillo luminoso que irradia al rededor de aquélla. Cuadro prodigioso, en el seno del cielo puro, y verdaderamente inolvidable. Pero lo que quizás llama más la atención es observar que el acontecimiento celeste ha sido calculado y previsto por los sabios. Aun a la edad de cinco años, este hecho no puede dejar de producir una impresión profunda en el espíritu, y, por mi parte, no lo he olvidado jamás.

El segundo eclipse de que he sido testigo, ocurrió el 28 de julio de 1851. Total en Alemania, debía resultar de unos 60 centésimos en Montigny. Se produjo en una tarde de un caluroso día de verano, y lo observamos, no ya delante de la casa, sino no lejos del muro del norte, e igualmente en un cubo de agua y, además, por medio de vidrios ennegrecidos con el humo de una vela de sebo. Esta vez, éramos tres niños: el mayor, de nueve años, su hermana, de siete años, y su hermano pequeño, de cinco años. La emoción que había sentido cuando se verificó el primer fenómeno, se renovó, más intensa aún, al punto de no cesar en los días siguientes de pedir explicaciones a mi institutor.

Encontró, no sé dónde, un libro de cosmografía, que no me pareció muy claro y que, desesperando de



UN ECLIPSE DE SOL (9 de octubre de 1847).

comprender, me puse a copiarlo página por página. Los signos cabalísticos de los planetas y del zodiaco me intrigaban en extremo. Copié especialmente las tres figuras de los sistemas de Tolomeo, Copérnico y Tycho-Brahé, y aprendí las descripciones esenciales. Supe entonces que la Tierra gira sobre sí misma en veinticuatro horas y alrededor del Sol en 365 días y un cuarto, y empezaba a concebir que no puede caer, pregunta que yo hacía sin cesar desde que se me había afirmado que estaba aislada en el espacio y que no reposaba sobre nada. Pero me sentía profundamente emocionado y lleno de admiración, al pensar que los sabios podían calcular por adelantado la marcha de los astros en el cielo.

El período de 1842 a 1851 fué notable por tres célebres eclipses visibles en Francia : 8 de julio de 1842, 9 de octubre de 1847 y 28 de julio de 1851. Más tarde he tomado el primero como origen de los ciclos que he publicado en mis obras y que los libros copian desde entonces muy servilmente, sin saber probablemente su origen; pero no lo he observado yo mismo, porque tuvo lugar el 8 de julio de 1842... y yo no tenía más que 4 meses y 11 días. Este eclipse total de Sol de 1842 coincidió, como se ve, con el año de mi nacimiento.

He dicho anteriormente que mi madre tenía gustos un poco aristocráticos y soñaba para mí una situación no vulgar. El solo hecho de haber mostrado un fenómeno celeste a sus hijos indica ya en ella una superioridad intelectual. Es probable que en todo el país fuese la sola que haya dado esta lección de cosmografía. Pero, como carácter, era muy práctica, contentándose, por otra parte, con el cuadro de las en-

señanzas de la Iglesia, y sería difícil encontrar una relación de atavismo entre su espíritu y el mío.

Mis padres querían que yo recibiera una sólida instrucción; pero querían sobre todo que fuese una instrucción severa. El respeto a los padres, la obediencia, el sentimiento del deber y la honradez absoluta en las cosas más pequeñas eran principios sin discusión posible. Las antiguas costumbres de la provincia se continuaban. Los niños no debían faltar a felicitar las fiestas, recitar enhorabuenas y escribir a sus abuelos. Estas cartas de fiestas y estos deberes hacia los padres y los directores de la vida han sido cumplidos puntualmente por mí hasta los veinte, treinta años y más—es decir hasta la muerte de los interesados.

La casa era extremadamente hospitalaria y, de cuando en cuando, los personajes importantes del país se reunían alrededor de una mesa bien provista de sabrosos manjares preparados por mi madre, excelente y fina cocinera, justamente orgullosa de sus talentos. Después de las comidas, en lugar de esos *toasts* enojosos que nos han venido de Inglaterra, cada uno debía cantar una canción, y cada cual lo hacía como mejor podía. Al final, nos enviaban a la cama.

Mi padre era más bien escéptico, en cuestión de religión, pero mi madre estaba absolutamente convencida de las enseñanzas de la Iglesia católica, consideraba a los judíos, los protestantes y los libre-pensadores como paganos. Para ella, no había nada que fuera superior a la dignidad sacerdotal. Desde la época del castillo, era por otra parte de tradición que un hijo de Montigny debía ser cura y, de hecho, en la diócesis de Langres, ha existido siempre un cura en ejercicio nacido en Montigny. Que su hijo fuese

cura y después quizás obispo, era la mayor gloria que ella podía soñar, posición respetada de todos y de una situación segura. Esta era también una garantía bastante lógica para la eternidad futura, porque el paraíso, el infierno y el purgatorio eran para ella indiscutibles artículos de fe, y, hasta su última hora, vivió en esta convicción.

Desde la edad de cinco años, me llevaba con ella a la misa y a las vísperas, todos los domingos sin excepción, y me colocaba, no como el común de los fieles, sino al lado del cura, y después no sólo me hacía ayudar la misa regularmente los domingos, sino también asistir a todas las ceremonias, tales como casamientos y entierros. Después veremos que no tardé en aprender el latín.

Anteriormente he hecho mención de mi primer viaje, verificado a la edad de seis años. Mis padres tenían un pariente próximo, M. Collin, veterinario en Montigny, que me había tomado gran afección; su esposa y él me consideraban como su propio hijo. Más tarde debía nacerles una preciosa niña; pero casados desde hacía mucho tiempo, no contaban ya con la alegría de una familia, y casi me habían adoptado. Se había decidido que, puesto que yo era el primero de mi clase y había recibido « la cruz de honor », se me recompensaría con un viaje de vacaciones, a una comarca extremadamente pintoresca de la Borgoña, no lejos de Tonnerre.

El hermano de M. Collin era cura de un bonito pueblo del departamento del Yonne, de Saint-Vinnemer, situado en la vertiente sur de la colina de Tanlay, sobre las orillas del canal de Borgoña y del Armançon : y este fué el término del viaje. ¡Qué

viaje! ¡Qué novedad! ¡Qué alegría! ¡Qué descubrimientos! Volviendo a pensar en ello, me parece que a los seis años es el año más bello de la vida.

Ni alto ni bajo, tenía la estatura media de mi edad. Mi vestido era una blusa azul-celeste con un cinturón de cuero, puños y cuello blancos vueltos y pantalón blanco. Gorra raramente en la cabeza. Cabellera rubia y opulenta, hecha bucles, que mi madre había tomado la costumbre de cortar cada nueva luna. Este color resultó castaño hacia la edad de los veinte años. Un detalle que puede interesar a algunos padres, es que yo no he puesto jamás nada sobre mi cabeza para dormir, que la conservo generalmente descubierta, hasta al aire libre, y que he conservado hasta ahora una cabellera abundante y siempre rizada.

*
**

En un hermoso día de verano, y por la mañana temprano, partimos en un pequeño cabriolé de mi primo, él, su esposa y yo entre ellos dos, en la dirección de Chaumont, por un camino lleno de sol y atravesando tres pueblos de nombres raros y de sonoridad exótica : Is, Mandres y Bièles. La criada, Scurette, que permaneció setenta y tres años en la familia Collin (muerta recientemente, en 1906, a la edad de 93 años), había puesto en el carruaje excelentes provisiones, especialmente empanadas, bizcochos y confituras, sin olvidar un buen vino de Coiffy para servirnos en caso de necesidad. ¿Se sabe por ventura lo que puede ocurrir en un viaje?

Era el tiempo de la recolección. ¡Qué soberbio estaba el campo! ¡Cuántos pájaros, cuántas flores,

cuántas mariposas, y qué perfumes, sobre todo cuando atravesábamos los bosques!

Llegamos a Chaumont hacia el mediodía. Era la primera ciudad que yo veía y, lo que me llamó más la atención desde mi entrada, fueron los adoquinados que producían un ruido ensordecedor bajo las herraduras del caballo y las ruedas del cabriolé. Me sentía verdaderamente feliz al encontrarme en la capital del departamento, con prefectura, tribunal, liceo y todo lo demás correspondiente. Mis ojos no se cansaban de mirar cada casa, cada puerta, y cada ventana. Pero, a lo mejor, entramos con el carruaje en un gran patio. Era la casa de un colega de mi primo, el veterinario de Chaumont. Creo recordar que se llamaba Lemoine. Inmediatamente nos pusimos a la mesa y se empezaron a alabar mis éxitos, mi cruz y mis libros, porque yo tenía ya una biblioteca de lo menos veinte volúmenes.

— ¿Conque tienes ya una biblioteca, caballerito? dijo nuestro huésped; pues bien, yo te felicito; pero antes de comer la sopa, voy a tener el honor de enseñarte la mía. Ven conmigo.

Encendió una bujía y, con gran extrañeza por mi parte, me hizo descender por una escalera. (Estábamos en el piso bajo de la casa.)

— Es particular, decía yo para mis adentros, no tener sus libros junto a él.

Me condujo a la bodega. Mi primo nos había seguido.

— ¡Alto! he aquí mi biblioteca, dijo mostrándome con un gesto noble y grandioso una serie de aparadores llenos de innumerables botellas. He aquí nuestro borgoña; más allá el burdeos; en este otro lado

el champaña; en este otro licores: aguardiente del país, kirsch de los Vosgos, cassis de Dijon, etc.

Confieso que me encontré tan disgustado como estupefacto. Yo era todavía crédulo, y le había seguido



¡Alto! he aquí mi biblioteca...

con convicción. Me pareció que se burlaba de mí, y, a los seis años se tiene, a mi juicio, tanto amor propio como credulidad. Yo estaba con la boca abierta y no me recobré sino cuando volví a subir la escalera.

— ¡Y bien! me dijo llevando sus botellas en la mano y debajo del brazo, ¿qué es lo que tú piensas?

— Me gusta más la mía, le respondí con dignidad.

— Come la sopa, añadió, y a los postres beberás vino puro.

Este aficionado al fruto de la viña era un fornido y excelente hombre, pero sus bromas me habían parecido una falta de respeto a los libros, hacia los que yo sentía una veneración inatacable, por considerarlos como la más alta manifestación del pensamiento humano. Durante el resto de la comida se mostró lleno de atenciones para con el joven y orgulloso estudiante.

Después de un alto de tres horas, tanto para el caballo como para nosotros, nos volvimos a poner en camino en dirección a Châteaouvillain, para entrar bien pronto en la Côte-d'Or y llegar a Courban a la entrada de la noche. Cenar y acostarse. Al día siguiente por la mañana, desde la salida del Sol, estábamos ya de nuevo en camino, y llegamos a Châtillon-sur-Seine a la hora de almorzar. ¡Qué magníficos paisajes habíamos atravesado! Yo veía un nuevo departamento: la Côte-d'Or, y las viñas se multiplicaban al rededor nuestro. Habíamos atravesado el Marne antes de entrar en Chaumont y el Aube antes de llegar a Courban. Nada vale tanto como los viajes para aprender geografía.

El hotel donde nos detuvimos y donde, según la expresión de la época se alojaba « a pie y a caballo », daba sobre una gran plaza. Sol magnífico. Se pidió de almorzar y, mientras se preparaba el almuerzo pedí a mis amables primos si podía ir a ver el Sena: ¡el Sena que iba a pasar por París! Se me condujo a verlo; metí las manos en el agua del célebre río, que no es allí sino un pequeño riachuelo, y emití la proposición de remontar su corriente hasta su nacimiento.

Se me respondió que estaba demasiado lejos y en dirección contraria al camino que seguíamos. El almuerzo en el restaurant me pareció maravilloso. Era mucho mejor que en Montigny. Era la primera vez que comía higos frescos, y los encontraba deliciosos. ¡Qué bueno es todo fuera de su casa y cuán exquisito es el viaje de la vida cuando nada se ha visto y cuando no se sabe nada!

Volvimos inmediatamente a tomar nuestro coche, porque se trataba de llegar a destino antes de la noche. Bajo la iluminación de un sol ardiente, atravesamos los pintorescos parajes de la Côte-d'Or, para llegar al departamento del Yonne y a Ancy-le-Franc, desde donde pensábamos tocar ya el fin de nuestro viaje. A la salida de este pueblo, célebre por su castillo histórico, una bifurcación de caminos nos obligó a pedir informes a unos segadores.

— ¿Tenemos todavía para mucho tiempo? preguntamos.

— ¡Oh, no! replicaron; media hora corta.

Se pasó la media hora, y como no veíamos ni mucho menos el campanario de Saint-Vinnemer y empezábamos a sentir desfallecimiento, renovamos la misma pregunta a un paisano que encontramos por el camino:

— ¿Tenemos todavía para mucho tiempo?

— ¡Oh, no! media hora corta.

Pero se pasó aquella segunda media hora sin llegar a nuestro destino, y repetimos la pregunta a un guarda rural:

— Tienen ustedes todavía para media hora corta, respondió el honrado guarda.

Solté una tal carcajada, que el buen hombre me

apostrofé en términos vehementes, tan rudos y tan extravagantes, que me fué imposible contener la risa. Pretendió que nos burlábamos de él todos los tres, y que sabíamos tan bien como él el sitio donde nos encontrábamos. No conociendo el origen de mi risa y aplicándola exclusivamente a su persona, estaba en su derecho de enfadarse de aquella manera. ¡Cuántas querellas resultan de equivocaciones análogas! No se comprenden, se parte de impresiones contrarias que se envenenan poco a poco, y se concluye por darse de mojicones cuando no hay motivo más que para reirse.

Por último llegamos, y nos encontramos delante de la puerta del presbiterio del cura Collin y su ama de gobierno, ya inquietos sobre nuestra suerte. Saqué del cofre mi paquete de libros y mis cuadernos — porque tenía que resolver algunos problemas durante las vacaciones — y se me condujo a mi pequeña habitación. Dos días nos habían bastado para hacer 130 kilómetros. ¡Qué buen caballito teníamos! Los ferrocarriles no estaban todavía en uso; el vapor no había substituído todavía al Pegaso sin alas. Nos imaginábamos entonces que marchábamos muy ligeros. ¿No estamos por otra parte dispuestos siempre a pensar que hemos llegado al límite del progreso? No se adivinan las reservas que duermen en la incógnita del porvenir. Antes de la invención de los ferrocarriles, se admiraba la velocidad de los transportes y de los medios de comunicación. He aquí, como curiosidad a este propósito, lo que se puede leer bajo la firma de Arago, en el *Annuaire du Bureau des Longitudes* de 1825. Es una comparación, justamente encomiástica por otra parte, entre los medios de

comunicación en uso con sesenta años de intervalo, o sea entre 1766 y 1825 :

En 1766, veintisiete coches partían cada día de París para diversas provincias, conteniendo como unos 270 viajeros.

Ahora, casi trescientos coches se dirigen desde la capital a los departamentos. Estos coches pueden conducir más de tres mil viajeros.

El precio del último arriendo de la granja de las Mensajerías, antes de 1792, era de cien mil francos.

El producto anual de los impuestos sobre los carruajes públicos es ahora de cerca de cuatro millones. Hacia 1766, un viajero pagaba treinta francos por ir de París a Lyon, por el coche, y llegaba a su destino *al décimo día*. Hoy por un precio medio de setenta y dos francos, llega en *menos de tres días*;

La carroza de Ruan necesitaba antiguamente tres días para llegar allá : se pagaban quince francos por asiento. Hoy se pagan también quince francos, pero no se está más que *de doce a trece horas* en el camino.

En 1766, no se encontraban en París más que catorce establecimientos de transportes, y hoy se cuentan sesenta y cuatro.

Añadamos a esta pequeña estadística que en 1840, la diligencia, que pesaba, en plena carga, 4.500 kilogramos, llevaba con ella diez y seis viajeros a la velocidad de diez kilómetros a la hora. Además de esto, había las cuestas, los caballos de cambio y las detenciones inevitables.

Lo mismo sucedía en 1848.

Actualmente, la locomotora, que pesa con su tender en carga, unos 110.000 kilogramos, arrastra un tren de 300 á 400.000 kilos, a la velocidad de 100 kilómetros a la hora, y aun más.

En lugar de ocupar doce horas para ir de París a Ruan, se llega a esta capital en menos de dos horas;

y, en lugar de diez días para ir a Lyon, se llega en diez horas. En lugar de trece viajeros por partida, se les cuenta ahora por cientos.

El número de viajeros, en Francia solamente, es ahora de 434 millones por año, y las recaudaciones totales de las distintas compañías se elevan a 1.515 millones.

Se puede decir que no existe ninguna comparación posible entre los viajes actuales y los que precedieron a los ferrocarriles. Esta invención ha cambiado radicalmente la faz del mundo. Sin embargo, nadie podía suponer la transformación prodigiosa que iba a operar el vapor. En su discurso de 1838 en la Cámara de diputados, el mismo Arago declaró que el tránsito disminuiría más bien, y que dos cintas de hierro colocadas desde París á Burdeos no cambiarían gran cosa las costumbres!

Esta es una pequeña imagen del Progreso, y debíamos aprovechar esta circunstancia para resucitarla un instante.

¡Qué diríamos hoy de los aeroplanos!

*
* *

Henos aquí llegados al término de nuestro viaje.

El cura Collin era un hombre pequeñito, de unos cuarenta años, que se mantenía derecho como una i para no perder ni una pulgada de su estatura, los ojos negros, vivos, chispeantes de malicia, el cráneo casi calvo, no llevaba jamás el sombrero puesto, recibía el sol y la lluvia sobre la cabeza y la sotana, se consagraba a los deberes de su ministerio, repartiendo el bien por todas partes donde podía, era de

un desinterés absoluto, le gustaba comer buena carne y beber vino blanco puro de Chablis, vendimiado no lejos de allí; un verdadero cura de Borgoña, que pasaba la vida lo más agradablemente posible, al mismo tiempo que prestaba servicios a todo el mundo. En un año de miseria, y durante un mes entero, hizo cocer en su horno pan para todo el pueblo. El presbiterio era una antigua casa contigua a la iglesia, de piso bajo solamente, con una gradería que daba a un jardín expuesto al oeste, en medio del cual una especie de glorieta abrigaba una sala de baños. Emparrados de uva albilla y vista extensa sobre el campo. Pegado al jardín había un viñedo que podría producir dos buenos toneles de vino, y un huerto con árboles frutales, muy productivos, entre ellos excelentes ciruelos (de diferentes clases, especialmente de ciruelas Claudias), manzanos y perales.

En la familia del cura Collin, se era cura de padres a hijos, lo cual es más bien raro. En efecto, su padre había sido cura constitucional bajo la Revolución, se había casado y había tenido dos hijos. La educación de mi amable y espiritual primo había sido a la vez cristiana y racionalista, y parecía no inquietarle ningún prejuicio. Más tarde, hasta me pareció que era de un temperamento bastante ardiente.

El día empezaba por la misa a las seis, que yo ayudaba devotamente. A las siete y media desayuno con una sopa de leche. En seguida me ponía a estudiar hasta las diez. Después se iba generalmente de paseo a lo largo del canal de Borgoña. Después del almuerzo, excursiones a los alrededores y a los castillos de Tanlay y de Ancy-le-Franc, que se completan

el uno al otro : Tanlay por el estilo exterior, y Ancyle-Franc por su mobiliario interior. Se iba a veces hasta Tonnerre.

Una de las distracciones más entretenidas era la pesca de cangrejos en el Armançon. En dichos días partía a las nueve de la mañana con un camarada ya viejo (porque seguramente me doblaba la edad) y a las once volvíamos siempre con un centenar de estos deliciosos crustáceos, que no esperaban más que nuestra llegada para tener el honor de figurar, en hermoso color escarlata, en la mesa del cura. Para esto nos servíamos de una docena de contrapesos, que se guarnecían con algunos pedazos de desechos de carne tomados de paso en la carnicería, y que se disponían a lo largo de la orilla del río entre las hierbas, como de cinco en cinco metros de distancia. Apenas estaba puesto el último aparato, cuando al volver al primero se encontraban ya dos o tres cangrejos ocupados en picar el cebo. Se les cogía a la mano, se les metía en una cesta, se continuaba visitando los demás aparejos, y la primera vuelta daba unos veinte animales solamente, porque no cogíamos más que los grandes, los de seis, siete u ocho años, arrojando los pequeños al río.

A las cinco o seis vueltas, es decir hora y media después poco más o menos, ya estaban llenos nuestros cestos. En el almuerzo, todo aquello era consumido con un verdadero placer, regado todo con un buen vino blanco de Borgoña, y adornado con miles observaciones sobre la avidez de estos crustáceos, sobre los agujeros del río en que se escondían, sobre sus pinzas y coletazos, sin olvidar los insectos y mariposas que se había ensayado de coger.

Por la tarde, se iba con frecuencia a pescar con caña al Armançon. Los gubios y otros peces mordían bastante bien. Pero yo era el más torpe, pensando en otra cosa, mirando el espejo del agua que reflejaba el paisaje o levantando la cabeza para seguir el vuelo de los pájaros, encontrando el tiempo largo o leyendo algunas veces un libro que había metido en mi bolsillo. La pasión de la pesca no puede nacer sino en los espíritus de una paciencia a toda prueba y cuya imaginación no tiene alas demasiado revoltosas.

Después de esta lejana época he vuelto a ver frecuentemente este majestuoso y tranquilo canal de Borgoña, bordeado de sus altos álamos y este ondulado río deslizándose a través de los prados, con sus sauces, sus mimbrales y sus avellanos. Ya no hay cangrejos ni en el canal ni en el río, y éste ha perdido desde entonces la cuarta parte de su caudal de agua. Hace poco hablaba yo sobre esto con mi erudito amigo el presidente Cunisset-Carnot, de Dijon, y su impresión es la misma sobre la disminución del agua de los ríos en general y del Armançon en particular. Todo cambia, todo pasa y todo se modifica, aun durante la vida tan corta de un solo hombre.

Estos campos estaban entonces silenciosos y perfectamente tranquilos. Ahora están atravesados por el ferrocarril de la línea París Lyon Mediterráneo, que se construía precisamente en la época de que hablo. No lejos de Saint-Vinnemer, hacia Lezines, se abría un túnel bajo la colina, al que se me hizo descender por un pozo. Mi primera impresión fué que los ferrocarriles eran verdaderamente contruídos en hierro y bajo la tierra. Se hablaba de ello más bien como de una curiosidad que como de un acontecimiento de

gran porvenir; se decía que se iría bien pronto á Dijon en cuatro horas y a París en diez, pero no se mostraban deseos de tener una estación en las inmediaciones. Tres grandes hombres que ejercían entonces una importante acción política, Thiers, Arago y Lamartine, no creían en estos progresos, y pensaban no servirse jamás de este medio de locomoción. Algunos años después, en 1855, se construyó la línea de París á Basilea, pasando por Langres, donde yo hacía mis estudios clásicos, y vi que, allí tampoco, no se tenía la más remota idea de la importancia económica y social de la invención. En lugar de hacer pasar la línea por las mesetas y por Langres mismo, se prefirió hacerle seguir el valle y pasar al lado, por debajo, sin contacto con éste, a lo largo del valle del Marne (1). El ayuntamiento de Montigny pensó de la misma manera, tanto que la estación se encuentra a cinco kilómetros.

Este primer viaje me había ofrecido encantadoras vacaciones en plena naturaleza, en pleno despertar de curiosidad infantil y en plena verdad. No se podía decir de este primer vuelo fuera del nido, lo que escribió mi amigo Alfonso Daudet del suyo: « Primer viaje, primera mentira. » Aquellas fueron simples vacaciones de descanso e instructivas a la vez, y, a mi vuelta a Montigny, venía dispuesto a volver a emprender mis estudios en la escuela con nuevo ardor. Entré en la clase de los mayores, y no tardé en conquistar los primeros puestos.

(1) Después del establecimiento del ferrocarril que toca a Chaumont y deja a Langres a distancia, la población de Chaumont ha aumentado gradualmente y la de Langres ha disminuido en la misma proporción.

III

La escuela primaria. — Pensamientos de niño. — La muerte.
— Los militares. — Las correcciones corporales. — Primera biblioteca. — La revolución de 1848; los árboles de la libertad.
— Sensibilidad y razón. — El doctor Reverchon.

En este sexto año, y en los que siguieron, séptimo y octavo, hice mis clases de francés con un verdadero placer, gramática, ortografía, aritmética, historia sagrada, historia de Francia y geografía, y empezaba a leer diferentes libros, no encontrando casi ninguno interesante, y pensando a veces en materias fuera de mi edad, tales como la siguiente, por ejemplo.

¿Piensan los niños en la muerte?

O para ser más exacto: ¿A partir de qué edad piensa el hombre en la muerte?

Tenía entonces siete años cuando me encontré un día en mi camino con un entierro. El ataúd era llevado sobre una parihuela por cuatro hombres. Los parientes acompañaban el cadáver con signos de profunda tristeza. Pregunté a un camarada mayor que yo lo que aquello era.

— ¡Es un muerto, pardiez! me respondió con un aire bastante desembarazado.